

Los estudios urbanos en la última década: entre la dimensión global y la dimensión local

Laura Zumín*

Résumé / Resumen / Resum

Les profondes mutations socio-économiques subies par les pays avancés et la nouvelle dialectique entre processus universels et processus locaux se reflètent dans un déplacement important dans les façons d'envisager les études urbaines pendant la dernière décennie. D'une part, la croissante internationalisation de l'économie et la spécificité du modèle postindustriel ont renforcé le rôle des villes en tant que pôles fondamentaux du système économique mondial; dans ce contexte une nouvelle approche est apparue, mettant l'accent sur la dimension globale des villes et sur la concurrence mondiale qui conditionne leurs trajectoires. D'autre part, la chute des barrières spatiales a supposé une mise en valeur du lieu et de la communauté locale en tant que cadre de vie en commun sociale et d'identification culturelle. Ceci explique l'importance de la dimension locale de la vie urbaine, spécialement revendiquée par des auteurs qui assument la perspective micro-spatiale du postmodernisme.

* * *

Las profundas transformaciones socioeconómicas sufridas por los países avanzados y la nueva dialéctica entre procesos universales y procesos locales, se reflejan en un desplazamiento significativo en el enfoque de los estudios urbanos durante la última década. Por un lado, la creciente internacionalización de la economía y la especificidad del modelo postindustrial han reforzado el papel de las ciudades como polos fundamentales del sistema económico mundial; en este contexto ha surgido un nuevo enfoque que hace especial hincapié en la dimensión global de las ciudades y en el marco de competencia mundial que condiciona sus trayectorias. Por otro lado, la caída de las barreras espaciales ha comportado una revalorización del lugar y de

* Departament de Geografia, Universitat Autònoma de Barcelona.

la comunidad local como ámbito de convivencia social e identificación cultural. Esto explica la importancia que ha asumido la dimensión local de la vida urbana, especialmente reivindicada por aquellos autores que se identifican con la perspectiva microespacial del postmodernismo.

* * *

Les profundes transformacions socio-econòmiques ocorregudes en els països avançats i la nova dialèctica entre processos universals i processos locals es reflecteixen en un desplaçament significatiu en l'enfocament dels estudis urbans durant la darrera dècada. D'una banda, la creixent internacionalització de l'economia i l'especificitat del model postindustrial han reforçat el paper de les ciutats com a pols fonamentals del sistema econòmic mundial; en aquest context ha sorgit un nou enfocament que fa un èmfasi especial en la dimensió global de les ciutats i en el marc de competència mundial que condiciona les seves trajectòries. D'una altra, la caiguda de les barreres espacials ha comportat una revalorització del lloc i de la comunitat local com a àmbit de convivència social i d'identificació cultural. Això explica la importància que ha assumit la dimensió local de la vida urbana, especialment reivindicada per aquells autors que s'identifiquen amb la perspectiva microespacial del postmodernisme.

La pasada década ha sido especialmente significativa para las ciudades de los países avanzados por diversas razones. La principal la constituye el nuevo empuje de las ciudades y el decisivo papel que pasan a desempeñar en el sistema económico mundial: las demás razones son, de hecho, un corolario de ésta.

La creciente internacionalización de la economía, por un lado, con la consiguiente caída de las barreras espaciales, y las características específicas del modelo económico postindustrial por el otro, refuerzan el rol dominante de las ciudades, convirtiéndolas en los lugares privilegiados de la actividad económica innovadora y de los sectores sociales ligados a ella.

Por otra parte, la apertura de un nuevo ciclo económico expansivo creó el clima y las condiciones favorables para que se iniciara lo que algunos califican de «renacimiento» de las ciudades; un fenómeno generalizado y selectivo a la vez, que ha tenido como manifestación más visible la revitalización económica y la renovación urbanística de muchas poblaciones, tanto americanas como europeas.

Este proceso ha creado una nueva sensibilidad hacia los temas urbanos y ha dado lugar a una reflexión profunda sobre las dimensiones económicas, sociales y culturales de la ciudad en el contexto de un modelo económico totalmente original. A esta

reflexión, que sigue viva, no han contribuido sólo los científicos sociales, sino también los políticos, los filósofos, los arquitectos, la prensa y los medios de comunicación en general. La ciudad es uno de los grandes protagonistas de este fin de siglo: suscita interés, inquietud, curiosidad y creatividad. Al fin y al cabo, en unas sociedades tan urbanizadas como las occidentales, como dice Jean Baudrillard, «todos los acontecimientos están compendiados en las ciudades».

No es mi objetivo en estas líneas hacer un repaso a lo que la literatura de la última década ha aportado en este campo, pues la temática es muy amplia y la bibliografía extensísima; me limitaré a dar cuenta de algunos de los temas y enfoques que se han planteado, y más concretamente de aquellos que, a mi juicio, constituyen algo nuevo y sugerente, aunque no exento de polémica, en los estudios urbanos.

LA LARGA SOMBRA DE LA CRISIS

La gran crisis de los setenta, con sus escuelas de paro y desindustrialización urbana, dejó una huella de inseguridad y también generó cierta actitud y mentalidad difusa antiurbana en la sociedad, que percibiría la ciudad como el receptáculo de todas las consecuencias negativas de la crisis.

Una crisis de la gente corriente poco sabía, excepto que era mundial y, por ende, no controlable desde su ámbito de vida y de acción. Manuel Castells refleja esta inquietud cuando afirma que estamos a punto de una gran «catástrofe socioespacial»: por un lado, el espacio del poder se transforma en una malla de flujos; por el otro, el espacio de la experiencia se reduce a microterritorios y a nuevas comunidades «tribales». Las ciudades explotan o desaparecen como consecuencia de decisiones que sus habitantes nunca conocerán. «Es el espacio de la alienación. La vida es transformada en una abstracción, las ciudades en sombras» (Castells, 1983, p.7). La gente, dice, vive espacial y culturalmente separada y a la vez económica y políticamente conecta a través de procesos que generalmente ignora.

El paso del fordismo al postfordismo ha supuesto una fragmentación a todos los niveles, creando una sociedad urbana «descentrada de alto riesgo» (Albertsen, 1988, p. 350).

Para Henri Lefebvre, graves amenazas se ciñen sobre la ciudad: «Lo urbano concebido y vivido como práctica social se está deteriorando y tal vez desaparezca»; el derecho a la ciudad está siendo cuestionado por la nueva dialéctica entre la planetarización de las fuerzas económicas y la cotidianidad de nuestra vida urbana (Lefebvre, 1989, p. 17). Para Lefebvre, al igual que para Castells, es urgente una reconquista de la ciudad por los ciudadanos.

No todos los autores tienen esa visión negativa y un tanto apocalíptica, pero si aparece con frecuencia el desconcierto ante un universo urbano sustancialmente modificado y

de difícil lectura. «La ciudad atraviesa hoy un sendero de transición del cual parece difícil leer y prever el recorrido, y más complejo aún orientar su destino» (Gibelli, 1988, p.21).

En medio de esta desorientación, agudizada por la rapidez de unos cambios que, como dice David Harvey, comprimen el tiempo y el espacio (Harvey, 1989b, p. 284), han sido surgiendo nuevos enfoques destinados a desarrollar una mejor comprensión de la ciudad contemporánea.

LA DIMENSIÓN GLOBAL

Las transformaciones urbanas van ligadas a los profundos cambios en el sistema productivo y en la geografía mundial de la producción que han caracterizado las dos últimas décadas y sobre los cuales existe hoy una vastísima literatura. Sin embargo, así como los cambios económicos a nivel mundial han sido objeto de análisis desde los setenta, el estudio de las ciudades en el marco de ese nuevo sistema económico mundial sólo se inició una década después.

Saskia Sassen observa que, en realidad, la vida de las ciudades se ha visto afectada por la economía internacional durante siglos; la novedad de la época actual es que la combinación de dispersión espacial e integración global ha creado un nuevo rol estratégico para las grandes ciudades (Sassen, 1991).

«Los 80 han presenciado un desplazamiento importante en el enfoque de los estudios urbanos», afirma Anthony King en la introducción a *Global cities* (King, 1990). Dicho desplazamiento ha consistido en que el estudio del desarrollo urbano, que tradicionalmente se había realizado en términos de sistemas cerrados, representados por los estados-naciones o por las regiones, se empieza a vincular directamente a la nueva economía transespacial y a las fuerzas que la transforman, adquiriendo de este modo una perspectiva global y mundial.

Aparece una nueva terminología («ciudad global», «ciudad mundial»), que es sintomática de cómo los estudios urbanos se han visto afectados por la actual cultura de la mundialización; una cultura que traduce la creciente percepción de que formamos parte de la aldea global y de que nuestros marcos de vida habituales han de enfrentarse a una competencia que se desarrolla a escala planetaria.

La administración local norteamericana, por ejemplo, está descubriendo que su economía local ya no es local, sino global. Más de tres millones de empleos están relacionados con inversiones exteriores y al menos otros cuatro dependen del sector de exportación. El turismo se convertirá probablemente en la primera industria en el año 2000. Ignorar esta realidad puede conducir a elaborar estrategias locales sin futuro (Fry, Radebaugh y Soldatos, 1989). De ahí la necesidad de vincular lo local con lo mundial y de conocer cuál es el papel que cumple y la posición que ocupa, o podría

ocupar, cada ciudad en el nuevo mapa mundial, y en función de qué variables. John Walton caracteriza este enfoque como una nueva economía política urbana que surge ligada a los presupuestos de la teoría regulacionista (Walton, 1984).

El actual concepto de ciudad mundial aparece por primera vez en la literatura especializada a principios de los ochenta, aunque el término ya fue utilizado en alemán (*weltstadt*) por Goethe, quien, a finales del siglo XVIII, lo aplicó a Roma y París. En 1986, Peter Hall lo empleó como definición de las mayores conurbaciones en *The world cities* (Hall, 1966), una de sus obras ya clásicas. En 1982, Friedmann y Wolff lo redefinen como un concepto económico: la ciudad mundial es esencialmente un instrumento para organizar y controlar la economía mundial (Friedmann y Wolff, 1982). En un artículo posterior (Friedmann, 1986), John Friedmann sintetiza en siete tesis los vínculos existentes entre los procesos urbanos y las fuerzas económicas globales, proporcionando de este modo un útil marco de análisis (no una teoría, según él mismo puntualiza). Aunque muchos comparten hoy este enfoque, que se ha visto enriquecido por las aportaciones de autores como Doreen Massey sobre las nuevas divisiones espaciales del trabajo (Massey, 1986 y 1988), no existe, como es lógico, una homogeneidad ideológica entre todos ellos. Así, al lado de autores que utilizan criterios esencialmente economicistas y funcionalistas, otros priorizan o dejan más espacio a las instancias de tipo político y cultural (Knight y Gappert, 1989; King, 1990; Sassen, 1991). A continuación se exponen, de forma sintética, algunos aspectos que se desprenden de este planteamiento y que condicionarían las trayectorias de las ciudades.

En la actual economía postindustrial, las actividades innovadoras y más cualificadas manifiestan una marcada tendencia a la centralidad, es decir, a situarse en el centro de las grandes aglomeraciones, pues éstas son las que poseen la masa crítica necesaria de todos aquellos factores que la nueva economía requiere. Tales actividades tienden a la internacionalización y a la innovación tecnológica, razón por la que requieren lugares de representación fácilmente conectables al mundo a través de los máximos cauces posibles.

En una economía crecientemente internacionalizada, en la que el capital es cada vez más móvil y libre de restricciones locacionales, conseguir captar este capital volátil es el objetivo prioritario de las ciudades. Para ello, sin embargo, las ciudades han de contar con un entorno favorable, no sólo desde el punto de vista económico, financiero y tecnocientífico, sino también cultural, educativo, recreativo y medioambiental, que actúe como elemento de atracción de los segmentos sociales y profesionales ligados a las actividades cualificadas («las nuevas profesiones en rápido crecimiento del terciario avanzado manifiestan una sensibilidad particular hacia la calidad ambiental de su lugar de residencia». Gibelli, 1986, p. 204).

Este nuevo contexto económico desencadena una fuerte competencia entre las ciudades a escala mundial, de la que se benefician especialmente y acumulativamente las grandes metrópolis, pues en ellas se concentran los cuarteles generales de las nue-

vas empresas, los nudos de las redes de comunicación y los sectores socioprofesionales más cualificados, es decir, la espina dorsal de la nueva economía. Las grandes ciudades, pues, son centrales en el funcionamiento de la economía postindustrial (y esto explica el lugar preponderante que ocupan en la literatura socioeconómica).

Sin embargo, no todas las grandes ciudades son igualmente centrales. Las que reúnen mejores condiciones para desplegar su actividad económico-financiera a escala internacional se convierten en verdaderos centros neurálgicos del sistema económico mundial. De este modo, y a través de un proceso altamente selectivo se va constituyendo una red mundial de ciudades fuertemente jerarquizada en la que algunas destacan como «ciudades mundiales» o «ciudades globales». Estas últimas, situadas en la cumbre de la jerarquía urbana, son verdaderos polos de dirección de la economía mundial, son globales porque su horizonte se proyecta en el conjunto del planeta hasta tal punto que las decisiones que se toman en ellas repercuten significativamente en otras partes del mundo. Según Marcello Balbo, las ciudades mundiales no son otra cosa que la concreción en el espacio del control ejercido por las sociedades transnacionales en los mercados mundiales (Balbo, 1992, p. 53). En tanto que puntos nodales de ese control —observa Sassen—, estas ciudades tienden a constituir un sistema integrado; esto significa que no siempre lo que contribuye a su crecimiento dentro de ese sistema contribuye también al crecimiento de sus países respectivos.

La gran fluidez del momento actual hace que las ciudades, que son los puntos más sensibles de un sistema en transición en el que las fronteras estatales se diluyen, puedan afianzar o mejorar su situación, ganar terreno y conseguir entrar en el club de las ciudades de «primera o por lo menos de segunda división» (Burgel, 1991).

Para tal fin las ciudades han de internacionalizarse y recualificarse desde el punto de vista urbanístico, pues «la competencia internacional se impone a todas como una regla de oro» (Chevalier, 1991, p. 332).

Una ciudad —escribe Panayotis Soldatos— no se internacionaliza por decreto; se requiere la elaboración de verdaderas estrategias capaces de articular las potencialidades locales con el marco geoeconómico mundial y de crear ventajas no comparativas, sino competitivas (Soldatos, 1990).

Soldatos dibuja el perfil ideal de lo que ha de ser hoy una ciudad internacional y proporciona los criterios que deben guiar una estrategia urbana de internacionalización. Este autor asigna un papel fundamental a las instancias locales públicas y privadas que, lejos de todo burocratismo y bajo criterios de eficacia, han de asegurar a las ciudades la creación de los necesarios factores de internacionalización.

Las ciudades, pues, han de asumir un nuevo papel empresarial bajo la consigna fundamental de «pensar globalmente y actuar localmente». «Glocal» es un neologismo que ha surgido para definir la nueva realidad y la nueva política urbana, a caballo entre lo global y lo local.

«El nacimiento de la ciudad empresarial —señala David Harvey— ha aumentado la competición interurbana [...] (que) se ha manifestado en una carrera continua para superarse en materia de renovación de estilos de vida, formas culturales, productivas, de consumo y hasta políticas, y todas estas novedades contribuyen activamente a la transición hacia la acumulación flexible. Precisamente en esto reside, en mi opinión, parte del secreto del paso a la posmodernidad en la cultura urbana» (Harvey, 1989a, pp. 54-55).

Este nuevo enfoque, a la vez que permite situar el estudio de las ciudades individuales en el marco de un sistema urbano y económico mundial (como dice Thérèse Saint-Julien, «es bueno para una ciudad saber en qué posición se encuentra». Saint-Julien, 1990), no ayuda mucho a disipar las inquietudes de los responsables urbanos, pues pone en evidencia la gran vulnerabilidad de las ciudades, verdaderas «zonas de fragilidad del sistema» (C. Liauzu, p. 20).

Por otra parte, tiende a presentar con verdad objetiva una dinámica cuya lectura, según Giuseppe Dematteis, no dispone aún de instrumentos de análisis suficientemente objetivos. Dematteis observa que, demasiado a menudo, cuando elaboramos modelos, creemos que éstos reflejan la realidad como en una foto y acabamos comportándonos como si de estos modelos se desprendieran unas necesidades ineludibles.

A veces, sin embargo, esas necesidades nos las creamos nosotros mismos fabricando modelos basados en prejuicios de los que no somos conscientes. Así, por ejemplo, hemos desechado la lógica darwinista en el campo social, pero la hemos resucitado sin rubor en el campo urbano. Pensamos que la supervivencia de la ciudad más apta es una verdad científica y vinculamos de forma casi determinista innovación, competencia y recualificación urbana. «Pero, ¿es cierto todo esto? ¿No estaremos tal vez despachando ideología disfrazada de ciencia? Incluso desde un punto de vista teórico, este modelo nos deja perplejos, porque habría que conseguir sintonizar el ciclo económico con el ciclo urbanístico. Estos dos ciclos difícilmente sintonizan porque tienen ritmos temporales diferentes» (Dematteis, 1990, p. 280).

Sobre este punto también insiste Jacques Chevalier: «Establecer una relación entre transición económica y transición urbana parece lógico [...]. Sin embargo, es evidente que no se trata de procesos que funcionan con perfecta simultaneidad [...] La transición urbana no aparece solamente como el efecto mecanicista de la transición económica» (Chevalier, 1991b), p. 455).

LA DIMENSIÓN LOCAL

En un artículo reciente, Jean Gottmann decía que la fluidez que caracteriza nuestro tiempo nos hace a todos más bien nómadas y cosmopolitas, y diluye la antigua im-

portancia de la localización y del lugar (Gottmann, 1989, p.9). Sin embargo, sigue afirmando, todavía existen anclas de estabilidad: las ciudades. En medio de la inestabilidad de otros elementos, las ciudades son lugares durables y puntos de referencia estables. Estas observaciones nos dan pie a comentar otro tema y otro enfoque que han ocupado un lugar destacado en el discurso sobre la ciudad y la condición urbana contemporánea: la impotencia del lugar y la dimensión local.

«La disminución de las barreras espaciales —escribe Harvey— crea un sentimiento de inseguridad y de amenaza que, combinado con la intensificación de la competitividad entre países, regiones y ciudades, produce un repliegue en la geopolítica local, el proteccionismo, la xenofobia y el “espacio defendible” [...] Es una ironía que el colapso de las barreras espaciales haya vuelto a enfatizar las políticas locales y el significado del lugar» (Harvey, 1988, p. 25).

Esta cita, a la vez que plantea los términos de la cuestión, también sugiere las múltiples y diversas significaciones que posee hoy la palabra localismo, de la que, según Michele Sernini, se hace a veces un uso ambiguo y abusivo (Sernini, 1988a, p. 114). En lo que sigue me referiré tan sólo a algunos de esos significados, dejando de lado otros aspectos merecedores de un tratamiento más amplio.

La primera manifestación de esta vuelta a lo local tiene un marcado carácter defensivo, perceptible sobre todo en los textos de geógrafos y arquitectos anglosajones, muchos de los cuales se identifican con el pensamiento posmoderno.

Dos son los componentes principales que explican esta tendencia. Por un lado, la sensación de indefensión e impotencia frente al nuevo contexto global provoca el reflujo social en refugios securitarios: los microterritorios y las microsociedades. Por otro lado, en las grandes metrópolis se hace palpable la sensación de que la ciudad ha perdido sus contornos, de que ya no es una estructura comprensible y, por tanto, convivencial. «Hay algo espantoso y detestable en la idea de una extensión amorfa, una figura como de ameiba abriéndose paso en el campo. Es la antítesis misma de la idea de ciudad abarcable y ordenada» (Jones, 1992, p. 206).

La ciudad se ha colapsado y ha estallado en múltiples fragmentos. Es una ciudad balcanizada, sin cohesión, descontextualizada (Dagenhart, 1989). Melvin Webber ya la había definido hace tiempo como el «dominio urbano ilocal» y la «comunidad sin proximidad» (Webber, 1970), donde «la gente ya no se encuentra en ningún lugar y, no habiendo lugar ni identidad colectiva, tampoco hay identidad individual» (Barcelona, 1988, p. 105). Esto ocurre, como decía, en las grandes ciudades, y más aún en las grandes metrópolis norteamericanas, donde «la distancia acaba truncado las relaciones» —dice Umberto Eco, que suele vivir en una ciudad italiana de dimensiones medias— «En cambio, yo puedo encontrar cada dos o tres meses un compañero de clase de cuando tenía diez años [...] Una ciudad es también una relación con el pasado y esta relación no existe en las ciudades americanas» (Eco y Daniel, 1992, p. 106).

Philip Cooke, en su polémica con Harvey (que, según él, considera neoconservadores ciertos planteamientos del actual localismo), afirma que son inaceptables aquellos análisis «que reducen lo que está ocurriendo en África del Sur, Taiwan y Durham a procesos universales de flujos financieros y divisiones internacionales del trabajo» (Cooke, 1987, p. 412).

Paul Baguley y otros, aunque sostienen que las estructuras sociales y económicas locales han de explicarse por la posición que un lugar ocupa en el ámbito de la división espacial del trabajo, sin embargo rechazan una visión determinista y economicista, afirmando que la sociedad civil desarrolla fuerzas capaces de modelar por sí mismas las transformaciones a nivel local (Baguley y otros, 1990).

Chadwick Alger, por su parte, critica la tendencia a ocuparse preferentemente de la incidencia que tienen en el plano local las fuerzas económicas mundiales y a pasar por alto, al mismo tiempo, las consecuencias de las reacciones de los ciudadanos en ese mismo nivel local (Alger, 1988).

Una de esas reacciones es, por ejemplo, la que señala Castells: la población norteamericana, que tradicionalmente había cambiado de residencia con más frecuencia que cualquier otra, tiende a echar raíces: busca la «calidad de vida» en un lugar concreto, en un barrio y se resiste a moverse. Es una forma, como otras, de defensa. El propio Castells, aunque critica la peligrosa cerrazón de las nuevas tribus urbanas, incita a reaccionar y a defenderse de las grandes fuerzas económicas y de los *mass media* apoyando «activamente la cultura de barrio e incluso las contraculturas emergentes» (Castells, 1983, p. 16).

Esta territorialización defensiva de la sociedad explica la importancia que el posmodernismo otorga al lugar: en una sociedad caracterizada por la diversidad, es el lugar concreto con su peculiar química social, y no el espacio abstracto, el que marca los diferentes modos en que la sociedad se reproduce, todos ellos igualmente válidos y defendibles, dentro de la perspectiva que caracteriza el posmodernismo. Cooke declara que el objetivo principal de su libro *Localities* (Cooke, 1989) es examinar hasta qué punto las comunidades locales pueden actuar como base para la movilización social y ejercer una influencia sobre las fuerzas externas que modelan su destino. Este autor señala que el redescubrimiento del lugar y la dimensión local tienen diversos componentes, que van desde la recuperación de la libertad local y de los valores de la comunidad, al apoyo a los movimientos sociales locales y a la reivindicación de un mayor poder político local, una mayor descentralización y formas más democráticas de poder.

En su opinión, además, la dimensión local parece dotada ahora de un potencial emancipatorio. El declive del keynesianismo y del estado del bienestar representa el final de los valores colectivos de la modernidad, cuya idea central o «gran narrativa», en palabras de Lyotard (Lyotard, 1986), era el progreso social. Ahora que ya no es po-

sible construir nuevas narrativas, hay que explorar lo local, que supone, con su énfasis en la comunidad y la cooperación, una recuperación de los rasgos colectivistas del primer movimiento moderno. De este modo, la dimensión local nos lleva atrás hacia el futuro, tal como indica el título de su libro *Back to the future modernity* (Cooke, 1990).

Estamos en las antípodas del pensamiento de Webber cuando escribía que: «Los planificadores tienen que liberarse de la obsesión por la localidad y considerar la comunidad urbana como sistemas de procesos extendidos en el espacio, en los cuales los ciudadanos interactúan entre sí donde quiera que se encuentren, puesto que es la interacción, no el lugar, lo que constituye la esencia de la vida urbana» (Webber, 1970, p. 135).

En contra también de la opinión de Bertrand Russell, según el cual la idea de lugar es solamente una grosera aproximación práctica que no puede llegar a precisarse, los posmodernos le otorgan un singular valor existencial; el tiempo, entendido como recuperación del pasado, contribuye decisivamente a potenciar la identificación con el lugar. «La búsqueda de significado recurre ahora al pasado porque es en el pasado donde puede desentrañarse una forma de vida llena de significado; el presente no proporciona ninguna» (Heller y Herer, 1989, p. 294). «La inclinación posmoderna hacia la exhumación de estilos del pasado, la reconstrucción histórica, la réplica directa de estilos locales vernáculos, puede interpretarse como parte de una ideología destinada a crear [...] un sentido del lugar individualizado en un mundo que se encoge» (Harvey, 1988, p. 27).

Con razón, pues, afirma Philip Cooke que el pensamiento posmoderno ha vuelto a poner la dimensión local en la agenda del geógrafo (Cooke, 1990). Pero también del arquitecto: así, Robert Venturi, autor del famoso manifiesto posmoderno *Aprendiendo de Las Vegas* (Venturi, Scott Brown e Izenour, 1978): «Hoy el mundo es a la vez más pequeño y más diverso, más interdependiente y, sin embargo, más nacionalista; incluso las pequeñas comunidades mantienen viva su identidad étnica y registran cuidadosamente su historia local. La gente es ahora más consciente de sus diferencias y a la vez más tolerante con esas diferencias» (Venturi, 1984, p. 109). Venturi aboga por una arquitectura adaptada al contexto local «por encima del dogma de la universalidad», que implica también una apertura a la diversidad y un reconocimiento de la multiplicidad y relatividad cultural, superador del tradicional *west is best*.

Otro arquitecto norteamericano, Kenneth Frampton, «ante la impotencia de una población urbanizada que, paradójicamente, ha perdido el objeto de su urbanización», cree que hay que desarrollar «el potencial que tienen el lugar y la forma para resistir al ataque implacable de la modernización global» (Frampton, 1985, p. 57).

Aquí aparece otra dimensión del localismo: para Frampton, como para Cooke, lo local es el lugar de la resistencia cultural. En este mismo sentido se expresa Andreas Huyssen, quien, recogiendo la idea de Foucault de un intelectual local opuesto al in-

telectual «universal» de la modernidad, considera que la cultura posmoderna en que vivimos tiene que ser una cultura de resistencia, basada en la reapropiación de tradiciones locales como antídoto contra la imposición de valores pretendidamente universales (Huyssen, 1986, p. 220).

John Peponis, en su exposición crítica del localismo desde el punto de vista del diseño urbano contemporáneo, hace especial hincapié en la propuesta de «enclaves urbanos» formulada por el arquitecto posmoderno Leon Krier. Leon Krier cree que las ciudades deberían descomponerse en unidades bien definidas con una gran variedad de usos y una intensa vida callejera, a fin de actuar como verdaderas «ciudades dentro de las ciudades». En opinión de Peponis, la idea de que el espacio puede expresar la identidad cultural sólo encerrándose y parcelizándose, comporta, paradójicamente, una deliberada marginación de la cultura, «una táctica propia de las ostras» y, en definitiva, una utopía regresiva (Peponis, 1989, p. 96-97).

Para Howard Harris y Alan Lipman representa la manifestación de una cultura de la desesperanza y a la vez una nueva forma de populismo: «se invoca un pasado mítico e idealizado para aguantar, contra un futuro de miedo, un presente que se viene abajo» (Harris y Lipman, 1986, p. 842). Según Sernini (Sernini, 1989), en cierta cultura localista actual se trasluce un profundo impulso antiurbano y sobre todo antimetropolitano. Vuelven, especialmente en la literatura americana, propuestas de pequeñas sociedades y pequeños espacios; mini-ciudades en armonía con la teoría de que *small is beautiful*; diminutas utopías comunitarias basadas en la necesidad de una renovada convivencia social: *se locale è bello, e piccolo è bello, locale e piccolo dev'essere bellissimo* (Sernini, 1988a, p. 142).

En un intento por recuperar una territorialidad existencial hoy perdida, el localismo neorromántico exhuma modelos convivenciales arcaicos y los reviste con las formas arquitectónicas del pasado. Incluso Carlos de Inglaterra intervino sobre la cuestión con un artículo en la prensa en el cual pedía a los arquitectos una vuelta a un diseño urbano más tradicional, más acorde con la sensibilidad popular (Prince of Wales, 1984), y el escritor Tom Wolfe se demuestra partidario de un retorno, en los Estados Unidos, a la arquitectura de *Lo que el viento se llevó*. Sin embargo, algunos estudios ponen de manifiesto que la pequeña comunidad, o incluso la comunidad de barrio, gusta a quienes la proponen y es mal tolerada por quienes se la ven impuesta. La comunidad es vivida de forma diferente por las capas sociales de renta baja, que se sienten cautivas en la comunidad, y los grupos privilegiados, que gozan de una elevada movilidad y no dependen de los servicios de la comunidad misma. En este sentido Sernini critica también cierta tendencia a crear «efecto urbano» en las anónimas periferias metropolitanas, en primer lugar porque, a pesar de las buenas intenciones, no es posible —según él— crear un *genius loci* donde no lo hay, y en segundo lugar, porque esta política de nuevas centralidades locales escondería el objetivo no declarado

de reservar el centro de la ciudad para unos pocos privilegiados. El centro urbano, antiguamente verdadero lugar de la convivencia, el salón de la ciudad, se transformaría así, bajo la idea de una falsa centralidad compartida, en un recinto exclusivo, al que los periféricos tendrían un acceso limitado y más bien en calidad de turistas ocasionales. «Quien está en el centro sabe de su fortuna [...] quien está en la periferia, de cualquier tipo, sabe de su desgracia» (Sernini, 1989, p. 25).

Lo que él denomina «localismo de retorno» representaría un ataque contra el concepto mismo de centro urbano, que los localistas, a su juicio, asimilan a la tan denostada idea de jerarquía y centralismo. Así se expresaba, por ejemplo, Alain Touraine: «Lo que hay que suprimir es el centro, la idea de que un conjunto debe tener un centro. ¿Qué es un centro si no la presencia material del orden al que está sometido? Es la catedral, el palacio del gobierno, la bolsa y los bancos, Dios, el estado o las finanzas. En una sociedad postindustrial, esos mundos trascendentes ya no existen y el centro tiene que disolverse» (Touraine, 1978, p. 357)

Se olvida —dice Sernini— que las grandes ciudades viven de esa centralidad, que es la única que asegura una interacción social intensa. Frente a ella la comunidad local es «el lugar por excelencia de la jerarquía, la sumisión del individuo al grupo y del grupo a la tradición, la hostilidad hacia toda diversidad, el control social y el conformismo asfixiante» (Colombo e Ilardi, 1988, p. 67).

Sin desconocer que tal vez el localismo ha sido durante los ochenta la única energía política de la vida social, Sernini señala las muchas ambigüedades que contiene y afirma que: «si algún resultado civil social y democrático se ha conseguido en dos mil quinientos años para intentar salir de la lógica tribal o corporativa, no se puede abandonar todo para volver a un microsocio primitivo [...] Hay mucha nostalgia restauradora en tantas reivindicaciones locales [...] una nostalgia análoga a las tentativas de encerrarse entre murallas medievales en un mundo que cambia en dirección opuesta» (Sernini, 1989, p. 36 y 38).

¿«CIUDAD COLLAGE» O CIUDAD DIVIDIDA?

La visión localista y el enfoque microespacial tienen muchos puntos de conexión con la idea posmoderna de la ciudad como yuxtaposición de fragmentos, que pueden descomponerse y recomponerse en fotomontajes diversos, pues la ciudad ya no posee ni una trama única ni una lógica común. En la sociedad y el espacio discontinuos del postfordismo, las explicaciones globales y unitarias han perdido su legitimidad. La historia, la sociedad, la cultura, la ciudad, han de leerse en plural: son un caleidoscopio de círculos spenglerianos que coexisten, pero no necesariamente conviven o se comunican.

El individuo de nuestro tiempo, a la vez que recibe dosis masivas de información, se siente incapaz de dar coherencia al mundo en que vive. La simultaneidad con la que llegan a esa pantalla gigante que es la ciudad contemporánea mensajes y símbolos de todas partes, la volatilidad y lo efímero de todo proceso y producto hacen difícil mantener un sentido de la continuidad, de la cohesión (Harvey, 1989b, p. 291). Sin sentido de la continuidad —afirma Jordi Borja (Borja, 1992, p. 40)—no hay ciudadanía.

La metrópolis es una especie de «implosión warholiana» que socava la capacidad de dar un sentido racional a la experiencia y, más aún, de pintar grandes frescos del presente o del futuro. «Toda batalla se disuelve en una polvareda de detalles imperceptibles. El protagonista de *La cartuja de Parma* participó de la batalla de Waterloo sin darse cuenta de lo que estaba pasando; sólo pudo advertirlo al leer las crónicas de los periódicos» (Sebreli, 1992, p. 363). Vivimos como una terminal de múltiples redes [...] ahora nos encontramos en una nueva forma de esquizofrenia: no es tanto la pérdida de lo real, sino, muy al contrario, la proximidad absoluta, la instantaneidad total de todas las cosas» (Baudrillard, 1985, pp. 190 y 196).

No hay códigos que sirvan para comprender un mundo tan fragmentado: «nuestra época es estimulante pero también desconcertante, pues los códigos que hemos heredado son, en gran parte, inservibles [...] lo cierto es que es necesario aprender a pensar, sin la ayuda de códigos, las condiciones de nuestra existencia actual» (Argullol y Trias, 1992, p.88).

El posmodernismo niega validez a las ideologías y a la posibilidad de acceso a la verdad; niega asimismo que la historia tenga un sentido, pues este suele ser el resultado de un proceso de simplificación y empobrecimiento de la realidad a partir de la idea de una razón universal, cuya existencia rechaza (Sebreli, 1992): el pasado, como la ciudad, se explica mejor a través de fotomontajes que permiten contar historias distintas de las secuenciales o ideológicas oficiales (Said, 1985, p. 233).

Edward Soja, en su análisis de Los Angeles, la ciudad «donde todo parece ocurrir a la vez», concluye diciendo: «Las perspectivas exploradas son intencionadamente eclécticas, fragmentarias, incompletas y a menudo contradictorias, pero así es también Los Angeles y la geografía histórica vivida de cualquier paisaje urbano. Las visiones totalizantes, por muy atractivas que sean, nunca pueden captar todos los significados de lo urbano [...] Estamos condicionados por el lenguaje mucho más de lo que pensamos: lo que podemos ver en Los Angeles es obstinadamente simultáneo; sin embargo, lo que escribimos es sucesivo, porque el lenguaje es sucesivo» (Soja, 1986, p. 271).

Esta visión tiene también su traducción a nivel político. El mundo es percibido como despedazado y disperso a niveles tales que toda totalización de la conducta humana no sólo es imposible, sino ilegítima y potencialmente totalitaria. Ya no se puede

pensar en términos de intereses colectivos o consenso social; por tanto, no hay espacio para la acción colectiva dirigida a lograr objetivos comunes.

La acción política se fragmenta en múltiples discursos que encuentran su validez y legitimidad sólo en el ámbito de un lugar concreto. «El posmodernismo es políticamente minimalista [...] Detrás de la destrucción posmodernista de la política redentora se halla un simple, pero convincente mensaje. Nuestro mundo es profundamente problemático» (Heller y Feher, 1989, p.23).

Frente al racionalismo universal del movimiento moderno que había suprimido la diversidad y la complejidad en nombre del funcionalismo y de un progreso social uniformizante, el posmodernismo reclama un mayor respeto por la diversidad, por el pluralismo urbano, por las minorías, por las protestas locales, por la «otredad» inasimilada (término acuñado por el relativismo cultural). «Tenemos que rechazar el concepto de universalidad [...] porque intenta suprimir la heterogeneidad del público urbano [...] Si la política urbana quiere ser democrática, debe tener en cuenta y dar voz a los diferentes grupos que habitan juntos en la ciudad sin formar una comunidad» (I.M. Young en Harvey, 1992, p. 589).

Oriol Bohigas considera que hay dos maneras de entender la ciudad: como un «todo metafísico» o como la suma de trozos, de realidades diversas. Esta última «recibe el apoyo de las propuestas que surgen de las reivindicaciones populares de las conclusiones de los debates culturales en el ámbito de la arquitectura y el urbanismo y —lo que es aún más significativo— del desprestigio de las actitudes sistemáticas en el marco de las metodologías científicas y del pensamiento filosófico más progresivos. Es muy satisfactorio ver coincidir en una misma línea las reivindicaciones populares, las propuestas científicas y profesionales y el pensamiento filosófico y social» (Bohigas, 1985, pp. 14-15).

La única ciudad real, la única comprensible es entonces la ciudad *patchwork* o la *collage city*, como la denominan Colin Rowe y Fred Koetter (Rowe y Koetter, 1981).

Si el primer posmodernismo, aún en su visión nihilista, atribuía un significado al contexto y a los valores de la comunidad local, la segunda oleada posmoderna, que se identifica con el deconstructivismo, comporta una visión urbana de negación, que rechaza el recurso al pasado y niega la posibilidad misma de crear comunidades. De la fragmentación del espacio urbano se llega hasta la desintegración de todo signo y objeto urbano donde no es posible ninguna lectura contextual, sino exclusivamente textual.

«En un mundo de textualidad sin fin [...] en un mundo sin verdades, historia o consenso, ¿cuál es la base o el criterio para la acción?» (McLeod, 1989, p.51). Es decir, ¿cómo se plasma la ciudad posmoderna?

El tema es complejo y requeriría bastante espacio. A título meramente introductorio, una primera y polémica respuesta nos la proporciona Mike Davis, (Davis, 1985), en la misma línea crítica de Mary McLeod (McLeod, 1989).

Observando el *glamour* de la renovación urbana en los Estados Unidos, Davis señala el nulo respeto del urbanismo posmoderno por el contexto urbano y su intento de polarizar la ciudad en espacios antagónicos, divididos por murallas interiores. Dicha renovación, en su opinión, olvidando el conjunto de la ciudad, ha producido solamente *Bürolandschaft*, ciudadelas terciarias fortificadas. Ha creado «gigantescas máquinas antiurbanas»: enormes rascacielos autónomos que integran espacios residenciales, espacios pseudonaturales y pseudopúblicos y que garantizan la segregación y la seguridad de sus inquilinos.

No ha de sorprender —escribe Davis— que las ciudades norteamericanas se parezcan tanto hoy a las clásicas ciudades coloniales, con sus edificios para los dueños blancos separados militarmente de la *casbah* o ciudad indígena. Esos *bunkers*, brutalmente insertados en el contexto urbano, son grandes viveros de clase medio-alta protegidos por increíbles sistemas de seguridad. Su lógica, especialmente visible en la renovación urbana de Los Angeles, es la de un espacio colonial claustrofóbico que intenta miniaturizar la naturaleza en su interior, recreando una nostálgica California en gelatina, con sus naranjos, viñas, fuentes y aire limpio. Fuera, en las calles ahogadas por la contaminación, se mueve la gran ciudad hispano-asiática. Este impulso profundamente antiurbano, inspirado por fuerzas financieras internacionales y por una lógica haussmaniana de control social, es lo que —para Davis— constituye el espíritu del posmodernismo en sus manifestaciones urbanas; es decir, poco más que un correlativo del reaganismo, del *apartheid* racial y del actual atrincheramiento social y el fin de la reforma urbana.

Para Albertsen, esas torres fortificadas y exclusivas «que aspiran a convertirse en ciudades en miniatura, simbolizan la enormidad y complejidad del espacio global del capitalismo postfordista y funcionan como espacios concentrados de coordinación y control de las redes mundiales» (Albertsen, 1988, p. 358).

La gran ciudad posmoderna sería, pues, una metáfora del sistema mundial: económicamente integrada, pero no compartida. Una ciudad diversa, desigual, polarizada y excluyente.

«Si algunos muros están cayendo en toda Europa, —escribe Harvey—, tendremos que empezar a movilizarnos para derribar también los muros que se alzan en nuestras ciudades» (Harvey, 1992, p. 601).

CONSIDERACIONES FINALES

A modo de reflexión final, podríamos decir que, en el estudio «glocal» de la ciudad, algunos autores tienden a privilegiar la dimensión global, mientras otros priorizan la local. Lo importante, en realidad, son los modos en que ambas dimensiones conectan

y se conjugan, es decir, las interacciones entre procesos universales y procesos locales; pero es precisamente aquí donde aparecen los problemas, pues esta conexión resulta bastante difícil de realizar en la práctica.

Los estudios urbanos recientes demuestran que existe el riesgo, por un lado, de caer en un nivel excesivamente abstracto y genérico y, por otro, de caer en el empirismo localista, es decir, en la mera descripción de procesos muy concretos y específicos a nivel local. Resulta interesante en este aspecto, como intento de superar tales dificultades, la lectura que John Mollempopf y Manuel Castells hacen de la ciudad de Nueva York en clave de dicotomía entre el espacio nodal de los flujos globales y el espacio fragmentado y falto de poder de las comunidades locales (Mollenkopf y Castells, 1991).

Encontrar los métodos y los instrumentos conceptuales capaces de englobar en un análisis unitario el complejo entramado de las dimensiones globales y las locales y establecer una dialéctica significativa entre lo micro y lo macro, es una necesidad compartida por muchas dificultades sociales, muy especialmente la geografía y la economía política y el planteamiento, con los que la geografía urbana mantiene una intensa relación.

Será cuestión de ir delucidando, desde todos los ámbitos interesados en ello, si, partiendo de la afirmación de Fernand Braudel de que las ciencias sociales «sólo tienen dos opciones, o la microinvestigación, o la puesta en discusión de problemas muy generales» (Braudel, 1982, p. 9), es posible descubrir los hilos conductores para que las instancias globales y las locales tengan en el espacio urbano un punto de encuentro que resulte explicativo y operativo para ambas.

BIBLIOGRAFIA

- ALBERTSEN, N. (1988), «Postmodernism, post-fordism and the critical social theory», *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 6, núm. 3, pp. 339-365.
- ALFOZ (1992), monografía «Ciudad global y economía mundo», núm. 90, pp. 34-82.
- ALGER CH.F. (1988), «Los nexos locales-mundiales: su percepción, análisis y enfoque», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 117, pp. 339-360.
- ALGER CH.F. (1990), «The world relations of cities: Closing the gap between social science paradigms and everyday human experience», *Ekistics*, vol. 57, núm. 340-341, pp. 99-115.
- ARGULLOL, R.; TRIAS, E. (1992), *El cansancio de Occidente. Una conversación*, Ediciones Destino, Barcelona.
- BAGGULEY, P. Y OTROS (1990), *Restructuring: Place, class and gender*, Sage, Londres.
- BALBO, M. (1992), *Povera grande città*, Franco Angeli, Milán.
- BARCELONA, P. (1988), L'egoismo maturo e la follia del capitale, Boringhieri, Turín.
- BOHIGAS, O. (1985), «Una altra urbanitat», *Reconstrucció de Barcelona*, Edicions 62, Barcelona, pp. 7-31.
- BORJA, J. (1989), «La ciudad conquistada», *Claves de Razón Práctica*, núm. 11, pp. 37-44.
- BRAUDEL, F. (1982), «Introduzione», WALLERSTEIN, I., *Il sistema mondiale dell'economia moderna*, vol. 1, Il Mulino, Bolonia.

- BURGEL, G. (1991), «Intervilles 80. La centralité urbaine, entre le local et le mondial», *Géographie Sociale*, núm. 11, pp. 341-350.
- CASTELLS, M. (1983), «Crisis, planning and the quality of life: managing the new historical relationships between space and society», *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 1, núm. 1, pp. 3-21.
- CHASE-DUNN, CH.K (1985), «The system of world cities, ad. 800-1975», TIMBERLAKE, M. ed., *Urbanization in the world-economy*, Academic Press, Londres, pp. 269-292.
- CHEVALIER, J. (1991a), «La ville des années 80. Question de méthode ou question et méthodes», *Géographie Sociale*, núm. 11, pp. 331-339.
- CHEVALIER, J. (1991b), «Du local à l'international: comment lire la transition urbaine des années 80», *Géographie Sociale*, núm. 11, pp. 449-455.
- COHEN, R.B. (1981), «The new international division of labor, multinational corporations and urban hierarchy», DEAR, M.; SCOTT, A.J. eds., *Urbanization and urban planning in capitalist society*, Methuen, Londres, pp. 287-310.
- COLOMBO, A.; ILARDI, M. (1988), «Il disincanto realizzato. L'individuo protagonista nella metropoli del consumo», *Archivio di Studi Urbani e Regionali*, núm. 33, pp. 55-71.
- CONTI, S., SPRIANO, G. (1991), «Urban structure, technological innovation and metropolitan networks», *Ekistics*, vol. 58, núm. 350-351, pp. 315-323.
- COOKE, PH. N. (1987), «Individuals, localities and postmodernity», *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 5, núm. 4, pp. 408-412.
- COOKE, PH. N. (1989), *Localities. The changing face of urban Britain*, Unwin Hyman, Londres.
- COOKE, PH. N. (1990), *Back to the future modernity. Post-modernity and locality*, Unwin Hyman, Londres.
- DAGENHART, R. (1989), «Urban architectural theory and the contemporary city: Tschumi and Koolhaas at the Parc de la Villette», *Ekistics*, vol. 56, núm. 334-335, p. 84-92.
- DANIELS, S. (1992), «Place and the geographical imagination», *Geography*, vol. 77, Part 4, pp. 310-322.
- DAVIES, W.K.D.; HERBERT, D. T. (1993), *Communities within cities. An urban social geography*, Belhaven Press, Londres.
- DAVIS, M. (1985), «Urban renaissance and the spirit of postmodernism», *New Left Review*, núm. 151, pp. 106-113.
- DAVIS, M. (1993), «Who killed LA? A political autopsy», *New Left Review*, núm. 197, pp. 3-28.
- DEMATTELS, G. (1990), «Note conclusive», INNOCENTI, R.; PALOSCIA, R. eds., *La riqualificazione delle aree metropolitane*, Franco Angeli, Milán, pp. 277-282.
- ECO, U.; DANIEL, J. (1992), «Ultima fermata Babele», *L'Espresso*, 13 dic., pp. 102-108.
- FEAGIN, J.R.; SMITH, M.P. (1987), «Cities and the new international division of labour. An overview», FEAGIN, J.R., SMITH, M.P. eds., *The capitalist city. Global restructuring and community politics*, Basil Blackwell, Oxford, pp. 3-34.
- FRAMPTON, K. (1985), «Hacia un regionalismo crítico: seis puntos para una arquitectura de resistencia», FOSTER, H. ed., *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona, pp. 37-58 (ed. or. Pluto Press, Londres, 1985).
- FRIEDMANN, J. (1986), «The world city hypothesis», *Development and change*, vol. 17, núm. 1, pp. 69-83.
- FRIEDMANN, J., WOLF, G. (1982), «World cities formation: An agenda for research and action», *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 6, núm. 3, pp. 309-344.
- FRY, E.H., RADEBAUGH, L.H.; SOLDATOS, P. eds. (1989), *The New International City Era: The global activities of North American municipal government*, D.M. Kennedy Center for International Studies, Brigham Young University, Provo, UTAH.
- GIBELLI, M.C. (1986), «La pianificazione della metropoli postindustriale», GIBELLI, M.C. ed., *La rivitalizzazione delle aree metropolitane*, CLUP, Milán, pp. 191-211.

- GIBELLI, M.C., (1988), «L'urbanistica della rivitalizzazione: problemi, esperienze e nuove opportunità», GIBELLI, M.C.; MAGNANI, I. eds., *La pianificazione urbanistica come strumento di politica economica*, Franco Angeli, Milán, pp. 21-59.
- GOTTMANN, J. (1989), «Political problems of urban growth», *Ekistics*, vol. 57, núm. 340-341, pp. 4-10.
- HALL, P. (1966), *The world cities*, Weidenfeld and Nicolson, Londres.
- HALL, P. (1985), «Capitales nacionales, ciudades internacionales y la nueva división del trabajo», *Estudios Territoriales*, núm. 19., pp. 21-30.
- HARRIS, H.; LIPMAN, A. (1986), «A culture of despair: reflections on "post-modern" architecture», *The Sociological Review*, vol. 34, núm. 4, pp. 837-854.
- HARVEY, D. (1988), «Urban places in the "global village": Reflections on the urban condition in late twentieth century capitalism», en MAZZA, L. ed., *World cities and the future of the metropolis*, XVII Triennale, Electa, Milán, pp. 21-32.
- HARVEY, D. (1989a), «Accumulazione flessibile, pratiche spaziali e classi sociali», PETSIMERIS, P. ed., *Le reti urbane tra decentramento e centralità*, Franco Angeli, Milán, pp. 53-64.
- HARVEY, D. (1989b), *The condition of Postmodernity*, Basil Blackwell, Oxford.
- HARVEY, D. (1992), «Sociale justice, postmodernism and the city», *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 16, núm. 4, pp. 588-601.
- HELLER, A., FEHER, F. (1989), *Políticas de la posmodernidad. Ensayos de crítica cultural*, Ediciones Península, Barcelona.
- HOGGART, K. (1991), *People, power and place*, Routledge, London.
- HYSSEN, A. (1986), «Mapping the Postmodern», *After the great divide. Modernism, mass culture, postmodernism*, Indiana University Press, Bloomington, pp. 179-221.
- JAMESON, F. (1984), «Postmodernism, or the cultural logic of late capitalism», *New Left Review*, núm. 146, pp. 53-92.
- JENCKS, CH. (1987), *Postmodernism. The new classicism in art and architecture*, Academy Editions, Londres.
- JONES, E. (1992), *Metropolis*, Alianza Editorial (ed. or. Oxford University Press, Oxford, 1990).
- Journal of the American Planning Association* (1991), monografía «The coming global metropolis», vol. 57, núm. 1.
- KING, A.D. (1990), *Urbanism, colonialism, and the world economy. Cultural and spatial foundations of the world urban system*, Routledge, Londres.
- KLAASSEN, L.H.; BERG, L. VAN DEN; MEER, J. VAN DEN (1989), *City, engine behind economic recovery*, EURICUR, Gower, Aldershot.
- KNIGHT, R.Y.; GAPPERT, G. (1989), *Cities in a global society*, Urban Affairs Annual Reviews vol. 35, Sage, Newbury Park, CA.
- LEFEBVRE, H. (1989), «Quand la ville se perd dans une métamorphose planétaire», *Le Monde Diplomatique*, mayo, pp. 16-17.
- LIAZU, C. (1990), «La ville partout, et partout en crise», *Le Monde Diplomatique*, mayo, pp. 20-21.
- LYOTARD, J.F. (1986), *La condición postmoderna: informe sobre el saber*, Cátedra, Madrid, 2ª ed., (ed. or. Minuit, Paris, 1979).
- MASSEY, D. (1986), *Spatial divisions of labour*, McMillan, Londres.
- MASSEY, D.; ALLEN, J. eds. (1988), *Uneven redevelopment: Cities and regions in transition*, Open University Hodder & Stoughton, Londres.
- MAZZA, L. ed. (1988), *The world cities and the future of the metropolis*, XVII Triennale, Electa, Milán.
- MCLEOD, M. (1989) «Architecture and politics in the Reagan era: from postmodernism to deconstructivism», *Assemblage*, núm. 8, pp. 23-59.

- MOLLENKOPF, J.H.; CASTELLS, M. eds. (1991), *Dual city: restructuring New York*, Russell Sage Foundation, New York.
- PARKINSON, M. (1991), «The rise of the entrepreneurial European city: strategic responses to economic changes in the 1980s», *Ekistics*, vol. 58, núm. 350-351, pp. 299-307.
- PASCAL, A. (1987), «The vanishing city», *Urban Studies*, vol. 24, núm. 6, pp. 597-603.
- PEPONIS, J. (1989), «Space, culture and urban design in late modernism and after», *Ekistics*, vol. 56, núm. 334-335, pp. 93-108.
- PRINCE OF WALES, THE (1984), «Give us design with feeling», *The Times*, 31 mayo, p. 16, citado en HARRIS y LIPMAN (1986), op. cit., p. 837.
- PROBYN, E. (1990), «Travels in the postmodern: making sense of the local», Nicholson I. ed., *Feminism/Postmodernism*, Routledge, Chapman and Hall, New York, pp. 176-189.
- REYNOLDS, D.R. (1992), Political geography: thinking globally and locally», *Progress in Human Geography*, vol. 16, núm. 3, pp. 393-405.
- RIO, C. DEL (1990), «El nuevo papel de las ciudades», *Barcelona Metròpolis Mediterrània*, Cuaderno Central núm. 15, pp. 74-81.
- ROWE, C.; KOETTER, F. (1981), *Collage city*, Il Saggiatore, Milán (ed. or. M.I.T. Press, Cambridge, MA., 1979)
- SAID, E.W. (1985), «Antagonistas, público, seguidores y comunidad», FOSTER, H. ed., *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona, pp. 199-235 (ed. or. Pluto Press, Londres, 1985).
- SAINT-JULIEN, TH. (1990), «El sistema europeo de ciudades y el proyecto NUREC», conferencia pronunciada el 24/9 dentro del curso «La urbanización en Europa: del declive a la regeneración», UIMP, Valencia, 24-28 septiembre.
- SALLEZ, A.; VEROT, P. (1991), «Strategies for cities to face competition in the framework of European integration», *Ekistics*, vol. 58, núm. 350-351, pp. 292-298.
- SASSEN, S. (1991), *The global city. New York, London, Tokyo*, Princeton University Press, Princeton, N.J.
- SASSEN, S., (1991), «Grandes ciudades: transformaciones económicas y polarización social», RODRÍGUEZ, J.; CASTELLS, M. Y OTROS, *Las grandes ciudades: debates y propuestas*, Colegio de Economistas de Madrid, Madrid, pp. 61-78.
- SEBRELI, J.J. (1992), *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural*, Ariel, Barcelona.
- SERNINI, M. (1988a), «Aporie del localismo assoluto», *Archivio di Studi Urbani e Regionali*, núm. 31, pp. 113-165.
- SERNINI, M., (1988b), *La città disfatta*, Franco Angeli, Milán.
- SERNINI, M. (1989), «La città smorta e il tenente Colombo», *Archivio di Studi Urbani e Regionali*, núm. 35, pp. 3-44.
- SOJA, E.W. (1986), «Taking Los Angeles apart: some fragments of a critical human geography», *Environment and Planning D: Society and Space*, vol. 4, núm. 3, pp. 255-272.
- SOLDATOS, P. (1990), «L'espansione internazionale delle città europee: elementi di una strategia», CONTI, S.; SPRIANO, G. eds., *Effetto città*, vol.1 *Sistemi urbani e innovazione: prospettive per l'Europa degli anni Novanta*, Edizione della Fondazione Giovanni Agnelli, Turín, pp. 3-25.
- TIMBERLAKE, M. (1985), «The world-system perspective and urbanization», TIMBERLAKE, M. ed., *Urbanization in the world-economy*, Academic Press, Londres, pp. 3-22.
- TIMBERLAKE, M. (1987), «World-system theory and the study of comparative urbanization», FEAGIN, J.R., SMITH, M.P. eds., *The capitalist city. Global restructuring and community politics*, Basil Blackwell, Oxford, pp. 37-65.
- TOURAINÉ, A. (1978), «La fine della città e l'organizzazione spaziale della società», CERI, P. ed., *Industrializzazione e sviluppo urbano*, Loescher, Turín, pp. 355-360.

- VENTURI, R. (1984), «Diversity, relevance and representation in historicism, or plus ça change...», ARNELL, P.; BICKFORD, T.; BERGART, L. eds., *A view from the Campidoglio: Selected essays 1953-1984*, Harper and Row, New York, pp. 105-119.
- VENTURI, R.; SCOTT BROWN, D.; IZENOUR, S. (1978), *Aprendiendo de Las Vegas. El simbolismo olvidado de la forma arquitectónica*, Gustavo Gili, Barcelona (ed. or. M.I.T. Press, Cambridge, MA., 1972).
- WALTON, J. (1984), «Culture and economy in shapping urban life: general issues and Latin American examples», AGNEW, J.A.; MERCER, J.; SOPHER, D. eds., *The city in cultural context*, Allen and Unwin, Londres, pp. 76-93.
- WEBBER, M.M. (1970), «El lugar urbano y el dominio urbano ilocal», WEBBER, M.M. ed., *Indagaciones sobre la estructura urbana*, Gustavo Gili, Barcelona, pp. 73-140 (ed. or. University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1964).